

Poder social y los límites del discurso: La experiencia de la resistencia popular en El Salvador

1. Introducción

La crítica a la concepción de hegemonía y cambio social propuesta por Ernesto Laclau no resulta una tarea fácil. Su argumento post-estructuralista afirmando que el discurso crea relaciones sociales y movimientos sociales, debido a la ausencia de posición de clase e interés político, es sofisticado y complejo. Sus teorías sobre articulación, diferencia, contradicción y negatividad proporcionan un amplio material para poner en práctica las capacidades académicas en el campo de la teoría social. Ahora bien, la aplicación práctica de su perspectiva teórica tiene repercusiones que van más allá de un simple ejercicio académico; por lo tanto, una evaluación de sus argumentos sobre el papel del discurso y la práctica social es urgente y necesaria. Este artículo² intenta contribuir a esta discusión desde una perspectiva sociológica que incorpora a la narrativa la dimensión del desarrollo.

En la lectura del texto de Laclau se descubren observaciones penetrantes y útiles que permiten salirse de construcciones forzadas y pasadas de moda. Sin embargo, al adentrarse en mundo de las abstracciones de Laclau, sacrificamos precisión, consistencia y claridad. En verdad, cualquier encuentro con su texto inmediatamente revela que mientras ofrece “premisas teóricas que nos invitan pensar” de manera diferente (1983:39), se queda corto en ejemplos concretos. La presente discusión en lugar de realizar un análisis de las inconsistencias internas de sus argumentos, intenta presentar la dirección equivocada a la que conducen sus planteamientos teóricos; para tal propósito se presentan eventos tomados de la experiencia de la resistencia popular en El Salvador. Consecuentemente, la discusión se enfoca en vincular las posiciones teóricas de Laclau con las expresiones más significativas que adoptó el movimiento popular salvadoreño —en

la coyuntura revolucionaria— como una manera de descifrar el significado que este autor le atribuye a los movimientos sociales.

2. Los Planteamientos de Laclau sobre Discurso y Cambio Social

De acuerdo a Laclau y Mouffe, los “nuevos movimientos sociales” articulan relaciones sociales difusas que tienen una clara “diferenciación de las luchas de los trabajadores, consideradas como luchas de clases” (1985:159). Si bien las preocupaciones igualitarias de los movimientos históricos del siglo XIX todavía tienen resonancia en los movimientos sociales modernos, los nuevos agentes históricos están respondiendo a nuevas formas de subordinación y dominación (1983: 44). Específicamente, el mercado, el Estado y los medios de comunicación de masas han reemplazado los centros de producción económica a gran escala como los sitios primarios en la configuración de relaciones sociales e identidades colectivas. Las nuevas sujeto-identidades —feministas, ecologistas, étnicas— se articulan en respuesta a los procesos de “dosificación”, “burocratización” y “masificación cultural” que dominan la fase actual del capitalismo.

Laclau claramente proyecta su propia versión de la historia social y en tal sentido rechaza la “sociedad en general” como un “legítimo objeto de discurso” (1983:40). Asimismo, argumenta que no existe una totalidad de las relaciones sociales y que lo única posibilidad son los procesos discretos, afirmando que desde finales del siglo XIX, las formaciones sociales se han convertido en autónomas con respecto a la estructura de producción y reproducción. En este flujo post-moderno, todas las relaciones sociales son una consecuencia de la articulación de las diferencias de sujetos descentrados que resisten los procesos de subordinación a los que previamente se encontraban sometidos. Ciertamente, en el mundo contemporáneo, todas las relaciones sociales son finalmente arbitrarias porque todo lo social es discursivo.

Desde este ventajoso punto de vista, Laclau arriba a tres conclusiones cruciales. Primero, las clases sociales han sido completamente desplazadas como “protagonistas auto-evidentes del cambio social” (1983:44). En realidad, no hay en definitiva “una conexión lógica” (Laclau y Mouffe 1985:84) entre posición de clase y acción política. Por ejemplo, el conflicto político entre trabajador y patrono “no es interno a las relaciones capitalistas” (Laclau 1990: 9) porque la identidad de un trabajador no está determinada por su posición socioeconómica sino por discursos y conductas conflictivas articulados como: consumidor, miembro de un grupo étnico, vecino, feligrés, etc. De hecho, dichas “ingredientes autónomos han logrado tanta preeminencia que es virtualmente imposible identificar del todo un sistema ordenado y coherente de “posiciones del sujeto” (1985:28). En su lugar, las posiciones del sujeto son la expresión del juego entre construcciones políticas que no están relacionadas a *ningún* tipo de categoría social preestablecida. Posición de clase e ideología son simplemente los *productos de un discurso situacional* localizado contextualmente.

En segundo lugar, como consecuencia de la agencia social formada discursivamente, el desarrollo de nuevos movimientos sociales no sigue necesariamente una progresión ordenada (1985:29). Lo diacrónico muere con el paso a la modernidad. No existen “etapas” de desarrollo que pueden ser asignadas lógicamente a la posición del sujeto o a movimientos sociales. En lugar de ello, los elementos contradictorios y separados de las identidades del sujeto crean espacios que pueden ser ocupados por una variedad de discursos políticos y construcciones ideológicas. La misma lucha política es solo una “guerra de posición” no secuencial entre significados antagónicos —un proceso de interrupción y cambio semiótico (Laclau y Mouffe 1985:131).

Considerando estas dos características del cambio en la era post-moderna, Laclau concluye con la siguiente afirmación: los movimientos sociales no pueden atribuirse la representación de los “intereses objetivos” de actores sociales con base en algún tipo de posición social preexistente e identificable (1985: 29-30). Los “intereses objetivos” per se son inexistentes. Como se ha indicado, la sociedad no constituye un legítimo objeto de discurso. Extensivamente, por lo tanto, no puede ser un sitio de localización potencial de demandas políticas emergentes. En realidad, si los sujetos crean sus propias identidades a través de discursos —sin tomar en consideración su existencia material— entonces estas identidades configuradas recientemente deben necesariamente articular sus propios intereses sin ninguna relación a criterios objetivos ilusorios. Como colectividades se funden *discursivamente* fuera de sus propias articulaciones políticas, ellas escriben sus propios documentos de identidad para sus propios participantes. Para los actores-sujetos, todos los significados son relativos y relacionales, nacidos del posicionamiento de los elementos del discurso. Las fronteras de la ideología y de los “intereses” percibidos son, de este modo, impuestos contingencialmente solo por discursos.

Recientemente algunos autores como Slater, Mainwaring, y Eder han tomado estas dimensiones como “la característica central de la novedad histórica” de los nuevos movimientos sociales (Slater 1985:6). Dada la aparente libertad de la realidad organizada discursivamente, estos analistas perciben los movimientos sociales modernos como expresiones de una forma de democracia más abierta y pluralista si se comparan con las características que poseían los movimientos del pasado. Slater, por ejemplo, encuentra que el movimiento pacifista y los movimientos ecológicos y antinucleares se han desarrollado sin tener como referencia una posición social y sin relación a normas organizativas pasadas y que, en tal sentido, han planteado demandas políticas que han ignorado los “intereses objetivos” de alguna clase social en particular. Como una evidencia del pluralismo de los nuevos movimientos sociales, Slater indica que ellos comparten una preocupación por mejorar el proceso de toma de decisiones gubernamentales, por un amplio acceso a los medios de comunicación y por un completo debate público como parte integral de su respuesta a la sociedad post-industrial. De

acuerdo con este autor, esta preocupación por la “democracia de base” inclusive adopta una nueva actitud respecto a las expresiones organizadas en la medida que tiende a establecer una cooperación interna, una tolerancia hacia las diferencias sociales y en torno al desarrollo de mecanismos democráticos en los procedimientos sobre la toma de decisiones. Significativamente nos previene que “no debemos asumir que existe una relación lineal entre los nuevos movimientos sociales y una orientación política progresista” (1985:7). Inspirado en los planteamientos de Mouffe (1984), Slater enfatiza que todo depende de la manera mediante la cual las demandas y preocupaciones sociales específicas se encuentren articuladas a diferentes discursos. En resumen, todas las movilizaciones políticas están constituidas por discursos. Más aun, el *discurso* estructura la lucha social, crea identidades, articula intereses y determina el resultado del conflicto social.

Este sobredimensionamiento del discurso tiene una aplicación universal, de acuerdo a Slater —a pesar de las diferencias en prioridades y orientación, los movimientos sociales en Latinoamérica y en otras partes han demostrado que la posición de clase, como un indicador del conflicto actual y potencial conflicto social, ha sido superada por formaciones sociales autónomas discursivamente construidas. Notablemente, estos movimientos parecen estar luchando por intereses que no tienen una conexión previa a un orden socioeconómico. “Las condiciones estructurales objetivas son, en el mejor de los casos, sencillamente un enorme telón de fondo” (Kowarick 1985: 81). Las movilizaciones sociales y políticas en todo la región latinoamericana, por ejemplo —en las palabras de Laclau— “han dejado de estar basados en un modelo de sociedad total o la cristalización en términos de equivalencia de una totalidad singular que divide la totalidad de lo social en dos campos, sino en una pluralidad de demandas concretas que conducen hacia una proliferación de espacios” (1985: 41). De Moscú a San Salvador o Chiapas, el discurso es el vehículo del poder.

3. Los Límites del Discurso

El reconocimiento que las condiciones sociales cambian a través de la acción colectiva refuerza la decisión humana. Comprender cómo, por qué y en qué medida las condiciones establecen límites y proporcionan oportunidades configura una decisión de tal naturaleza. En otras palabras, si bien los límites de la decisión humana son a menudo exagerados, las posibilidades no son infinitas. A pesar que Laclau correctamente identifica las complejidades que caracterizan la vida social en el mundo moderno, su texto sufre de vacíos fundamentales con respecto a la agencia social, estrategias de cambio y el poder del discurso. El problema principal es que Laclau y otros post-estructuralistas definen que “el discurso actúa sobre la gente, más bien que la gente actúe a través del discurso” (1990: 264).

Indudablemente, las condiciones de la vida diaria a fines del siglo XX son radicalmente diferentes a las del pasado. Tal como Laclau lo hace notar, el

mercado, el Estado y los medios de comunicación han alterado las realidades políticas. Las empresas multinacionales, el capital financiero internacional e instituciones multilaterales como el Fondo Monetario Internacional directamente afectan las condiciones sociales en países alrededor del mundo al establecer una gama de requerimientos de “libre mercado” que estructuran decisiones de vida o muerte. Asimismo, la centralización del Estado, el gobierno y del poder militar ha generado movilizaciones políticas que persiguen reformas democráticas, tanto en el Norte como en el Sur. Y finalmente, desde Lazarsfeld, Berelson y Gaudetz (*The People's Choice*, 1944) hasta el “Return of the ‘Repressed’” de Stuart Hall (1982), los medios de comunicación han sido reconocidos (si bien problemáticamente) como un sitio clave de poder político e ideológico. Con el aumento en las comunicaciones por medio del satélite, la influencia de los medios de comunicación se ha extendido a cada esquina del planeta. En resumen, la cambiante naturaleza del mercado internacional, el Estado corporativo y los sistemas de comunicación internacionales requiere un ajuste en los presupuestos interpretativos existentes.

Sin embargo, de lo anterior no necesariamente se debe concluir que las relaciones de producción — las cuales son absolutamente necesarias para la creación de las nuevas manifestaciones que ha adoptado el mercado, el Estado y los medios de comunicación —han dejado de ser las determinantes del conflicto social. Ni tampoco, como Eckstein (1989), Steinberg (1990), Wright (1990) y otros han argumentado, no debe concluirse que las clases sociales han sido desplazadas como agentes de cambio. Obviamente, las nuevas experiencias y relaciones sugieren nuevos marcos cognoscitivos para los participantes (Eckstein 1989: 12-15). Contrariamente a lo sostenido por Laclau, sin embargo, la dominación no se ha desvanecido a través de las complejidades de la sociedad del siglo XX. Más bien, movimientos sociales desiguales confrontan rápidamente el poder centralizado del gobierno capitalista y de las instituciones corporativas. Por ejemplo, en los Estados Unidos, el movimiento pacifista desde el período de la guerra de Vietnam ha repetidamente desafiado el “complejo militar-industrial” y su búsqueda de ganancias corporativas. La mayoría de organizaciones ambientalistas y los grupos antinucleares han señalado al mercado capitalista como uno de los responsables de las crisis de van desde Bhopal y de la *Three Mile Island*, la deforestación en América Latina hasta el derrame de petróleo en Alaska. Además, los problemas de la vida diaria tienen implicaciones en las relaciones de clase existentes— ya sea que los participantes iniciales planteen o no demandas que expresen dichos problemas.

Por supuesto, se ha convertido en riguroso el hecho de rechazar el punto de vista reduccionista sobre las clases sociales y la acción política, pero esto no justifica percibir que los impulsos del conflicto social sean originados únicamente en el cambio semiótico. Al tratar de subsumir lo social al interior del discurso, Laclau lanza serias dudas acerca de las dimensiones del sujeto-agencia y de la

autonomía para la acción colectiva. La acción social es reducida a una batalla por los significados. Como Stuart Hall argumenta, los intentos teóricos de Laclau de escapar del reduccionismo lo ha llevado a “una posición completamente discursiva, que es —en realidad— un reduccionismo hacia arriba” (1986: 56-57). Los legítimos ataques a las concepciones reduccionistas deberían ser cuidadosos, y no pasar por alto la materialidad de las relaciones sociales. La validez de una teoría de la articulación puede ser mejorada si la misma conceptualizara e identificara las condiciones sociales bajo las cuales los diferentes elementos estarían estar conectados.

El ejemplo de El Salvador demuestra que la articulación de discursos específicos dialécticamente interactúan con las experiencias de los actores-sujetos respondiendo a las condiciones de la vida cotidiana en una estructura social particular. Para los comprometidos con el cambio social, así como para los estudiantes de comunicación, la identificación y la comprensión de las exigencias socio-políticas de una situación retórica es crucial. La eficacia y la precisión demandan un riguroso tratamiento de las determinaciones primarias y de las influencias contradictorias que afectan el comportamiento humano. Si como la antropología lo sostiene: los seres humanos se constituyen como individuos solamente en el contexto de relaciones sociales específicas, entonces el conocimiento individual es el agregado de interminables experiencias —experiencias en gran medida dependientes de la posición social. Así, solamente algunos empresarios industriales experimentan desamparo, hambre, brutalidad policial o acciones de huelga. Solamente algunos pequeños campesinos han contratado o despedido trabajadores, ordenado el cierre de una fábrica, recuperado una propiedad o fraguado un golpe empresarial. Si bien sería un error reducir los problemas de la ideología únicamente a la posición social, no obstante es posible e importante determinar cuáles aspectos de la experiencia social hacen *posible* la articulación de ciertos discursos.

Si, como Laclau, argumenta, que no existe una relación necesaria entre la posición social, la experiencia y las convicciones, no existe, por lo tanto, una relación entre las mujeres y el feminismo, los indígenas e identidad cultural o entre los trabajadores y la sindicalización, en el mismo sentido se podría esperar que los hombres fueran los abanderados principales de la lucha contra el patriarcado y los ejecutivos empresariales sean los promotores de la organización obrera. Si el discurso aislado sustituye la posición social, “si los capitalistas monopólicos no tienen intereses independientes de la manera en que son políticamente articulados, entonces no parecería haber alguna razón del por qué la izquierda política no debería gastar una enorme cantidad de energía en buscar ganárselos a su programa” (1991:218).

Si ningún interés particular está de acuerdo a una posición social, cómo uno puede decidir a quién dirigirse? Irónicamente, en su propio reconocimiento de

las condiciones sociales requeridas por el discurso, Laclau y Mouffe abogan por una hegemonía popular bajo el liderazgo de una *selecta* pluralidad de movimientos sociales —una formación políticamente correcta compuesta por aquellas formaciones sociopolíticas que aparentemente tienen una tendencia inherente hacia la acción progresista, como es el caso las feministas, ambientalistas y minorías étnicas— con la notable exclusión de cualquier movimiento que explícitamente tenga una connotación de clase.

El concepto de “intereses objetivos” tiene una interpretación más sutil que la “versión completamente insostenible” imaginada y rechazada por Laclau (1991: 217). En su definición de las relaciones capitalistas de producción en términos puramente económicos —las del trabajador como vendedor de fuerza de trabajo y el capitalista como su comprador— Laclau depriva a los trabajadores y capitalistas de su corporeidad natural, de su individualidad y de su existencia. Además, continúa en la crítica de su propia noción auto-concebida como inadecuada para la comprensión de “las totalidades sociales que forman a los agentes” y la “multitud de antagonismos que nacen entre estos agentes concretos” (1990: 9). Sí las manifestaciones de la vida de la clase obrera se extienden más allá de la esfera puramente económica, ¿Por qué Laclau limita las cuestiones de clase a un concepto económico tan estrechamente construido? ¿Por qué insiste en tales desconexiones en la producción y reproducción de la vida individual?

Las relaciones sociales de producción incluyen todos los patrones cotidianos, los sistemas y comportamientos necesarios para la recuperación de las materias primas; la conceptualización de los productos; la elaboración de las decisiones acerca del uso de los recursos; la creación de las técnicas, equipo y destrezas para la reproducción física; la diseminación de la información acerca del uso, función y disponibilidad de los bienes y servicios; y la formulación de normas, patrones y los espacios físicos de consumo. Cada una de estas relaciones tienen formas institucionalizadas que se integran en comportamientos y creencias culturalmente normalizados sin las cuales no tendrían significado. El tejido particular de estas relaciones está definido por las necesidades materiales de la producción, y dentro de cada instancia se crea un campo discursivo para la comprensión, explicación y “normalización” del cómo y por qué de la existencia de las relaciones sociales y de su operación. Por supuesto, las contradicciones existen dialécticamente al interior y entre los diferentes aspectos de la totalidad de las relaciones sociales.

Al considerar las estrategias y teorías de cambio social, sería en realidad absurdo reducir estas relaciones de producción a una instancia abstracta y única, analíticamente descrita como la relación comprador-vendedor. Sería igualmente absurdo reducirlas a la metáfora del discurso. Cualquier posición social concreta —definida exhaustivamente por Erik Olin Wright (1990) como clase social— incluye la dimensión de género, edad, herencia cultural, antecedente regional y

capital cultural; así como también incluye los procesos vinculados con la experiencia, la coyuntura histórica y la relación de fuerzas sociales vivientes. Es dentro de esta red de la realidad que los individuos perciben sus propios intereses. En otras palabras, como lo argumenta Wright, capital y trabajo son categorías estructurales abstractas que son ocupadas por sujetos humanos reales en formaciones sociohistóricas concretas. Las mediaciones políticas y culturales pueden exacerbar o mitigar determinantes estructurales. La intervención comunicativa de los actores sociales pueden hacer avanzar o retardar la identidad social, la identidad colectiva y la transformación societal —particularmente en momentos históricamente contingentes que interrumpen el orden social a través del recurso de la ausencia, desastre natural o la maduración de contradicciones internas. Para ser teóricamente integral y políticamente efectivo, uno debe preguntarse que fuerzas sociales tienen el interés, el poder social y la capacidad para convertirse en agentes históricos del cambio.

Para darle sentido, para ser capaz de dirigir estrategias políticas persuasivas, dicha pregunta debe ser concreta: ¿Qué fuerzas sociales en qué tipo de lucha en qué país en qué condiciones y en qué momento tienen el interés, el poder y la capacidad de lograr qué metas? Para Laclau esta interrogante ni siquiera existe. La sociedad no existe. Los intereses sociales no existen. Finalmente para nuestro autor no existen criterios objetivos para evaluar discursos competitivos. El discurso por si solo lleva las fuerzas sociales a su existencia, les crea identidades y les proporciona intereses. Desde esta perspectiva no fue el desarrollo de las relaciones capitalistas en El Salvador lo que produjo la configuración de la clase trabajadora urbana y rural, sino el discurso de las organizaciones populares y de los promotores cristianos. Sí solamente el liderazgo popular y los representantes de la teología de la liberación hubieran propagado su credo tempranamente, el régimen militar hubiera sido removido antes del conflicto armado y de los Acuerdos de Paz. Presumiblemente, dada una articulación apropiada, la oligarquía salvadoreña podría haber sido convencida de que no tenía ningún interés “objetivo” en ser propietaria de la mejor tierra productiva y de los principales medios de producción en el país. En el mundo de Laclau, las fuerzas sociales y sus intereses son considerados el *producto* del discurso, y no la materia prima para las formaciones discursivas.

Nuestra posición al respecto es que la eficacia del discurso tiene su base en las condiciones de existencia. Las nuevas articulaciones brotan de marcos cognoscitivos producidos por experiencias contradictorias y consideraciones comunicativas que desafían las articulaciones previas. Dichos marcos de comprensión impulsan a menudo acciones que definen los procesos históricos. Si bien Laclau justificadamente rechaza las consideraciones económicas como la única causa del cambio social, éstas se mantienen en interacción en su interior y entre las relaciones sociales que presenta cualquier estructura socioeconómica. En otras palabras, como lo afirmara Marx, los seres humanos hacen su historia,

“solamente que lo hacen en un ambiente dado, que los condiciona y sobre la base de relaciones sociales ya existentes” (Marx 1979: 115).

Para Laclau y para otros teóricos del discurso, “todo lo referente a clase social o lucha de clase se ha sido rápidamente definido como ‘vulgar’ o reduccionismo trasnochado, en una sorprendente reacción de pánico al ‘economicismo’ que cualquier socialista inteligente tuvo y que en cualquier caso hace tiempo que fue abandonado” (Eagleton 1991: 218-219). De acuerdo a Eagleton, la teoría del discurso ha suministrado la *ideología* al repliegue político, “una ideología que fascina con especial interés a los ‘intelectuales de la cultura’ de izquierda”(1991: 218). El análisis que Wright realiza de las clases en la sociedad actual considera las estructuras sociales en analíticamente distintas pero orgánicamente conectadas categorías de estructura, formación y coyuntura —concibiendo la identidad social y la acción colectiva como el resultado de la interacción entre actores concretos que responden a una estructura social dada a través de luchas políticas históricamente contingentes.

En un estudio comparativo de Suecia y los Estados Unidos, Wright encontró que “mientras el patrón general de conciencia está estructuralmente determinado por las relaciones de clase, el nivel de conciencia de la clase obrera en una sociedad dada y la naturaleza de las coaliciones de clase que son construidas sobre esta base están definidas por prácticas organizativas y políticas que caracteriza la historia [particular] de la lucha de clases”(1990:278). El descubrimiento de Wright acerca de la relativa apertura de las respuestas políticas a estructuras sociales identificables, ayuda a identificar los límites y oportunidades para las decisiones retóricas. Si las intuiciones de Laclau de la formación de identidades por medio de las articulaciones políticas fueran apoyadas en análisis de relaciones de clase en una estructura social específica, sus conclusiones teóricas no volarían como globos en un día de vientos fuertes.

Más aun, a pesar del desencanto prevaleciente en algunas comunidades de intelectuales en Europa y Norteamérica —y de sus colegas tercermundistas— que se expresa en el rechazo al protagonismo de clase, en ninguna parte la clase obrera ha sido desmantelada, reemplazada o superada como fuerza social. Ciertamente, la dispersión de la clase obrera organizada no puede ser lógicamente sinónimo de su desaparición. En la mayor parte del mundo capitalista todavía la generalidad de la población trabaja por un salario —esto es, “venden su fuerza de trabajo”, como lo diría Laclau. A escala mundial, el proceso de reestructuración de clase continúa imbatido y esto resulta más evidente en las formaciones sociales del mundo periférico. Probablemente el incluir en el análisis la dinámica del capitalismo mundial y sus contradicciones inmanentes obligaría a las concepciones post-estructuralistas a revisar varios de sus presupuestos teóricos.

4. El Caso de la Resistencia Popular en El Salvador

El argumento central de la teoría del discurso de Laclau colapsa incluso en el caso de una lectura rápida de la historia salvadoreña contemporánea. El discurso no procedió, superó o inclusive intercedió en las relaciones sociales que acompañaron el desarrollo del capitalismo dependiente en El Salvador. Más bien, este emergió en respuesta a los dramáticos ajustes sociales, como colectividades de actores con experiencias compartidas, que estuvieron basadas en determinadas posiciones sociales que respondieron a la interrupción del orden social.

Como consecuencia del desarrollo del capitalismo en la agricultura con la introducción del cultivo del café que tiene sus inicios en el siglo XIX y de los diferentes matices que este va adquiriendo en el transcurso del siglo XX, se va configurando una situación caracterizada por una estructura social excluyente y polarizada. En caso de las masas rurales, su transformación en asalariados no fue el resultado de una decisión colectiva de cambiar su significación de la realidad. La lógica oligárquico-agroexportadora del capitalismo en el país definió el tipo de relación entre la clase dominante y el resto de la sociedad. Así, el poder económico, no el discurso, articuló la jerarquía social y, por lo tanto, las relaciones sociales se transformaron de acuerdo a esta lógica. Las clases trabajadoras fueron paulatinamente adecuadas a los vaivenes del modelo agro-exportador y de sus transformaciones, habiéndose logrado establecer en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial una clase obrera urbana y un amplio sector de asalariados urbanos (Luna 1986, Menjivar 1982). Las consecuencias de este proceso fueron, entre otros, una pobreza estructural, elevadas tasas de desempleo, marginación social, endémicos problemas en la salud y la educación y la permanencia de un régimen político caracterizado por el autoritarismo militar. Estas condiciones emergieron antes de que alguien anticipara la rebelión popular, antes de que alguien articular la retórica del sufrimiento y la marginación.

Contrario a lo sostenido por Laclau, el discurso no produjo o configuró la posición de clase en El Salvador. Más bien, como fuerzas de clase, éstas encontraron liderazgos individuales y colectivos; en tal sentido moldearon los discursos para satisfacer sus propias metas. La posición de clase produjo el discurso situacional y no vice-versa. Cada una de las tres conclusiones a las que Laclau arriba, prueban el examen al contrastarlas con la realidad.

En primer lugar, está completamente equivocado al afirmar que las clases sociales han sido desplazadas como protagonistas del cambio social: la historia del movimiento popular salvadoreño es la historia de la lucha de clases. Varios investigadores (Cuenca 1948, Menjivar 1980) han mostrado que la transformación de las condiciones del capitalismo agro-exportador crearon un amplio sector proletario y semi-proletario —principalmente rural— que compartía antecedentes culturales, experiencias personales y valores culturales y religiosos. En

cada una de las coyunturas decisivas de la historia política del país, las aspiraciones democráticas fueron enarboladas por las clases trabajadoras y sus aliados.

El relativo fracaso del discurso de la clase obrera durante décadas no tiene que ser atribuido a cuestiones de articulación y significación, sino a un evidente factor histórico: la derrota sufrida por la insurrección campesina de 1932 y por los cierres de espacio político establecidos por el autoritarismo militar y la vorá-gine anticomunista. Por otra parte, la lenta recuperación organizativa y política de la clase obrera trajo consigo dificultades en la articulación de un discurso propio.

Diversos estudios (Amstrong y Shenk 1982, Montgomery 1982, McClintock 1985) han descrito en detalle el carácter clasista de las fuerzas sociales contendientes. Por supuesto, una simple definición de clase resulta inadecuada, en tal sentido “una clase está constituida de diferentes estratos, está integrada a diferentes fases de desarrollo, emerge bajo diferentes condiciones y está sujeta a la influencia de diferentes clases. Se constituye en necesario tomar en consideración otros factores para completar el análisis y dependiendo de la meta que se persiga” (Trosky 1973: 129). Así, Bourdieu sugiere que discursos particulares no corresponden directamente a posiciones de clase, pero emergen de un grupo de condiciones materiales de existencia que regulan la práctica de un grupo de individuos como respuesta a estas condiciones (citado en Garnham 1990: 71). Adicionalmente, las clases están configuradas de individualidades creativas que son capaces de articular experiencias comunes en una variedad de formas.

Notablemente, las organizaciones políticas representativas del movimiento popular y democrático tuvieron su origen en organizaciones claramente clasistas, principalmente en gremios de obreros y campesinos. En definitiva, la fortaleza del movimiento se basó en un discurso que definía a la alianza obrero-campesina como la columna vertebral de la lucha revolucionaria y democrática (FAPU 1980). Al privilegiar a obreros y campesinos como los principales agentes históricos del cambio en El Salvador se le proporciona una respuesta a la interrogante planteada: ¿Cuáles son las fuerzas sociales que tienen interés en y son capaces de derrotar al autoritarismo militar?

De esta manera Laclau también se equivoca en afirmar que no existen “intereses objetivos” individuales y colectivos. Un discurso político no tiene significado si se deja de lado su relevancia para actores sociales con preocupaciones, posesiones y deseos relacionados con sus posiciones y experiencias en una formación social concreta. Nuevos discursos aparecieron en El Salvador *después* de las transformaciones estructurales del capitalismo periférico. Nuevas fuerzas sociales produjeron nuevas voces. El discurso democrático y revolucionario de la vanguardia político-militar —el discurso hegemónico del proceso— fue capaz de conjugar tres corrientes: marxismo, nacionalismo y cristianismo popular. Los programas elaborados por el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacio-

nal (FMLN) reivindicaban las reformas económicas para favorecer a las mayorías desposeídas del campo y la ciudad. La retórica revolucionaria también incluía las demandas del movimiento de mujeres, de los pobladores marginales, empleados públicos y otros sectores vulnerables de la sociedad.

Otras fuerzas sociales se unieron a la batalla de significados para proteger sus propios intereses. Los llamados sectores medios de la población se unieron a la lucha y se incorporaron al Frente Democrático Revolucionario (FDR). Esto trajo como consecuencia una amplia alianza de fuerzas sociales empeñadas en transformar económica y políticamente al país. Históricamente representó un momento crucial en la lucha por derrotar al militarismo y en el establecimiento de espacios para la transición democrática (Dunkerley 1982).

El nacimiento, maduración y desarrollo de varios discursos siguió un curso decididamente contrario al enfoque teórico sustentado por Laclau. Comenzando con los ingredientes de relaciones pasadas, incluyendo creencias, actitudes y conceptos —y en oposición directa a los argumentos de Laclau— los diferentes sectores sociales procedieron *diacrónicamente* a través de similares, si bien singulares y desiguales, etapas de desarrollo en su respuesta a las nuevas condiciones (Alfaro 1992). Uno puede expresar que cada movimiento social comienza de la misma manera: personas que responden a una situación y que creen que sus acciones tienen sentido. Su movimiento diacrónico procede dialécticamente —lo que significa de forma no lineal, combinada y contradictoria. La incapacidad de un orden social dado de realizar cambios obliga a los que han adoptado el compromiso por el cambio a realizar actividades que desafían a los patrones normalizados de discurso. Por ejemplo, un campesino recientemente proletariado al encontrar las viejas articulaciones incapaces de explicar su nueva situación concreta, recurre a nuevas articulaciones definidas por las nuevas condiciones de su experiencia. Los esfuerzos de asegurar sus derechos lo llevan a formación de comités de trabajadores del campo. Las demandas económicas tomaron un carácter político. Las luchas políticas lo llevaron a la acción revolucionaria. Las luchas reivindicativas tomaron la forma de lucha armada contra el aparato represivo del Estado. Las demandas por justicia social se convirtieron en acciones para la revolución social.

De igual manera, bajo las condiciones sociales imperantes, el trabajo religioso de los seguidores de la teología de la liberación se convirtió en una acción social en nombre de los pobres. La acción social se convirtió en un trabajo político, y el trabajo político se transformó en revolucionario.

La corrupción y la represión del régimen autoritario, las tibias reformas impulsadas en un contexto contrainsurgente, impulsaron a las masas a la búsqueda de soluciones radicales, creando simultáneamente un discurso apropiado en el proceso. La combinación de las medidas de hecho con las acciones militares logró afianzar la alianza de los obreros y campesinos en contra de un enemigo

común. Los obreros y campesinos que respondían a experiencias similares colectivamente crearon un discurso que llenaba en términos generales las necesidades políticas de la situación. Las condiciones sociales los forzaron a actuar; ningún discurso creó sus identidades e intereses. En ese particular período de “crisis orgánica” en la formación social salvadoreña es cuando se puede hablar de la capacidad hegemónica de las organizaciones revolucionarias y democráticas de construir un discurso contrahegemónico con un potencial transformador.

La finalización del conflicto político-militar y el devenir de los acontecimientos que lo siguieron demanda un análisis profundo de los alcances y límites de la lucha revolucionaria en El Salvador. Existen una serie de interrogantes que aun no han sido satisfactoriamente respondidas. Sin embargo, resulta evidente que la hegemonía revolucionaria que descansaba sobre la alianza de los obreros y campesinos ha perdido —¿temporalmente?— espacio y horizonte. Incluso, en la actualidad uno puede afirmar que el nuevo discurso pluralista de la izquierda orgánica ha sido incapaz de posicionar sujetos o crear identidades para el cambio social. Naturalmente, existen expresiones de los obreros, campesinos, de las capas medias empobrecidas y de otros sectores sociales que se esfuerzan por crear los nuevos componentes de un discurso contrahegemónico.

5. De Nuevo con el Post-estructuralismo

Las relaciones estructurales no garantizan *stasis*. Sin embargo, la creencia post-estructuralista de que las relaciones sociales son en última instancia arbitrarias, no refleja la realidad. Las relaciones estructurales todavía colocan restricciones materiales a las potencialidades de cualquier discurso o de respuesta no discursiva de los actores sociales. Los pueblos hacen su propia historia, pero lo hacen bajo condiciones que han sido creadas previamente.

En El Salvador, los frutos generados por la lucha revolucionaria y cuya expresión concreta son los Acuerdos de Paz firmados en 1991, llevaron a un realineamiento de las fuerzas políticas y a modificaciones en plano jurídico-político, pero no a profundas transformaciones estructurales. Los logros en el plano político (libertad de asociación, libertad de expresión, elecciones relativamente libres) no se han traducido en una mejora en las condiciones de vida de las grandes mayorías. Los límites impuestos por la aceptación al tipo de democracia imperante, el régimen económico capitalista dependiente y los imperativos de la globalización neo-liberal han dado como resultado la pérdida de poder social de los trabajadores y un retroceso en la búsqueda de alternativas concretas y viables.

La crítica a los planteamientos post-estructuralistas de Laclau, por otra parte, no deben llevarnos a sustentar posiciones deterministas. Laclau tiene razón al rechazar las concepciones mecánicas acerca de la oposición binaria entre base y superestructura. Desde nuestro punto de vista cualquier formación social se en-

cuentra en “desequilibrio” —localizada en alguna parte en un infinito e incompleto proceso de desarrollo en el que diferentes niveles y sectores proceden en forma desigual y combinada. La posición social y las relaciones sociales en si mismas no aseguran ningún cambio. Al mismo tiempo, como lo argumenta Mattelart, “los nuevos medios de producción de la comunicación solamente pueden ser contruidos sobre una modificación global de las [existentes] relaciones de clase” (1979:57) porque aquellos que se benefician de las desigualdades sociales seguramente no se opondrán a la continuación de la situación existente.

En fin, para ser efectivo, el nuevo discurso opositor debe ser portavoz y aglutinante de las fuerzas capaces e interesadas de cambiar las relaciones sociales o por el contrario ser presa de los sistemas de dominación existentes. Mientras un sinnúmero de movimientos sociales han aparecido en las décadas recientes, todos ellos, de una manera u otra, han confrontado el poder socioeconómico de la clase dominante. Los movimientos más efectivos —como la lucha revolucionaria salvadoreña, el movimiento contra el *apartheid* en Sur Africa, los movimientos pro-democráticos en Europa del Este— han persuasivamente vinculado las demandas inmediatas con los problemas del poder social.

La experiencia de la resistencia popular y la lucha revolucionaria en El Salvador demuestra que un proceso de transformaciones radicales solo es posible cuando las contradicciones dentro de un orden social se cristalizan en una crisis severa y la abrumadora mayoría de la población está convencida de la necesidad de una acción colectiva contra el poder dominante. Desde esta perspectiva, los discursos son percibidos como operativos en una estructura social concreta por retóricos ubicados en posiciones sociales específicas, quienes confrontan condiciones coyunturales con articulaciones nacidas de experiencias colectivas.

En conclusión, la experiencia del proceso salvadoreño efectivamente sugiere que el poder del discurso en su evocación al cambio depende de su interacción con condiciones no discursivas que hacen posible la realización de metas políticas a través de acciones no discursivas. El discurso no viene a la vida del polvo para luego actuar sobre la gente; al contrario, la gente actúa a través del discurso. Nosotros no construimos nuestra realidad de materiales y condiciones que encontramos a la mano. Sí bien entendemos nuestra realidad y construimos nuevas realidades a través del discurso, esa realidad no puede reducirse solamente a un discurso.

Referencias bibliográficas.

- Alfaro, S. O., *Discourse and popular struggle in El Salvador*. Documento de discusión presentado en el coloquio “El Pensamiento Social a Fin de Siglo” del Programa de Doctorado en Sociología de la Universidad de York (Toronto, Canadá), Abril 1992.
- Amstrong, R. y J. Shenk, *El Salvador. The Face of Revolution*. Londres: Verso, 1982.
- Cuenca, A., *El Salvador: Una Democracia Cafetalera*. México, 1948.

- Dunkerley, D., *The Long War*. Londres: Verso, 1982.
- Eagleton, T., *Ideology: An Introduction*. Londres: Verso, 1991.
- Ekstein, S., *Power and Popular Protest: Latin American Social Movements*. Berkeley: University of California Press, 1989.
- Frente de Acción Popular Unificada (FAPU), *Polémica Internacional*, 1980.
- Garnham, N., *Capitalism and Communication: Global Culture and the Economics of Information*. Newbury Park: Sage, 1990.
- Hall, S., "On postmodernism and articulation." (Entrevista realizada por Lawrence Grossberg). *Journal of Communication Inquiry* 10 (Primavera): 45-60. 1986.
- "The rediscovery of 'ideology': The return of the 'repressed' in media studies," pp. 56-90 en Michael Gurevitch, Tony Bennet, James Curran y Janet Woolcott (eds.), *Culture, Society, and the Media*. Londres: Methuen, 1982.
- Kowarick, L., "Base communities and urban social movements," pp. 73-93 en David Slater (ed.), *New Social Movements and the State in Central América*. Amsterdam: CEDLA, 1985.
- Laclau, E., "Transformations of advanced industrial societies and the theory of the subject," pp. 39-44 en Sakari Hanninen y Leena Paldán (eds.), *Rethinking Ideology: A Marxist Debate*. Nueva York: International General, 1983.
- "New social movements and the plurality of the subject", pp. 27-42 en David Slater (ed.), *New Social Movements and the State in Central América*. Amsterdam: CEDLA, 1985.
- New Reflections on the Revolution of Our Time*. Nueva York: Verso, 1990.
- Laclau, E. y Ch. Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy; Towards a Radical Democratic Politics*. Londres: Verso, 1985.
- Lazarsfeld, P., P. B. Berelson y H. Gaudet, *The People's Choice*. Nueva York: Duall, Sloan and Pearce, 1944.
- Luna, D., *Manual de Historia Económica de El Salvador*. San Salvador: Editorial Universitaria de El Salvador, 1986.
- Mattelart, A., "For a class analysis of communication", pp. en Armand Mattelart y Seth Seigelaub (eds.), *Communication and Class Struggle*, Vol. 1, *Capitalism, Imperialism*. Nueva York: International General, 1979.
- Marx, C. *Selected Readings*. Nueva York: International Publishers, 1979.
- McClintock, M., *The American Connection. State, Terror and Popular Resistance in El Salvador*. Londres: Verso, 1985.
- Menjívar, R. *Acumulación Originaria y Desarrollo del Capitalismo en El Salvador*. San José: EDUCA, 1980.
- Formación y Lucha del Proletariado Industrial Salvadoreño*. San José: EDUCA, 1982.
- Montgomery, T. M. *Revolution in El Salvador: Origins and Evolution*. Boulder: Westview Press, 1982.
- Mouffe, Ch., "Towards a theoretical interpretation of 'new social movements'," pp. 139-143 en Argument/Sonderband (ed.), *Rethinking Marx*. Nueva York y Berlin: Argument/sonderband, 1984.
- Slater, D. "Introduction", pp. 1-27 en David Slater (ed.). *New Social Movements and the State in Central América*. Amsterdam: CEDLA, 1985.
- Steinberg, M. "Talking class; discourse, ideology and their roles in class conflict," pp. 261-284 en S. McNall, R. Levine y R. Fantasia (eds.), *Bringing Class Back In: Contemporary and Historical Perspectives*. Boulder: Westview Press, 1990.
- Trosky, L. *In Defense of Marxism*. Nueva York: Pathfinder, 1973.
- Wright, E. O., *Classes*. Londres: Verso, 1990.

Notas

1. *Lecturer* del Departamento de Sociología y Estudios Sociales de la Universidad de Regina (Canadá) y Profesor de la Maestría en Gestión del Medio Ambiente de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA), El Salvador.
2. La mayor parte del contenido de este artículo fue presentado en el coloquio "El Pensamiento Social a Fin de Siglo" del Programa de Doctorado en Sociología de la Universidad de York (Toronto, Canadá), Abril 1992.

